

Necesidad de ciencia en la diplomacia



Por Carlos Arturo García Bonilla

Segundo Secretario de Relaciones Exteriores; actualmente Encargado de Funciones Consulares en Managua, Nicaragua. Ingeniero Químico de la Universidad Industrial de Santander; Magíster en Educación, Universidad Tecnológica de Las Américas (Ecuador). Autor de La torre del Silencio (2017) y Enroque de Dama (2020).

La fórmula del desastre

Fue Carl Sagan quien señaló que vivimos en una sociedad profundamente dependiente de la ciencia y la tecnología en la que nadie sabe nada de estos temas, y que esto constituye una fórmula segura para el desastre¹. Veintisiete años después, estamos asistiendo al cumplimiento de este pronóstico en medio de una pandemia, una profunda crisis económica y un inminente colapso ambiental.

El problema es más serio de lo que imaginaba Sagan. La mayoría de las personas no solo no sabe de ciencia y tecnología; en realidad, no quieren saber. La diferencia es importante. Es fácil imaginar que la ignorancia científica se debe a la falta de acceso a educación de calidad, por lo que se limitaría al sector menos favorecido de la sociedad. Sin embargo, el analfabetismo

científico no se limita a este sector. Cada vez es más frecuente encontrar tomadores de decisiones, personas usualmente con altos niveles de formación académica, que desconocen e incluso rechazan activamente la ciencia. El propósito de este artículo es explorar las razones por las cuales esto ocurre y esbozar una posible solución a este problema desde la diplomacia.

La seguridad es lo que los políticos hacen de ella

¿Por qué los tomadores de decisiones rechazan la ciencia? ¿Por qué, si se supone que la ciencia ha demostrado ser la herramienta por excelencia que ha traído bienestar a la humanidad? ¿Cuál es el criterio que emplean para tomar decisiones en lugar de la ciencia? Las respuestas a estas preguntas tienen dos componentes: la

construcción del concepto de seguridad y la falencia esencial de nuestra educación.

La *seguridad* es el concepto fundacional de los Estados, de la misma forma que la salvación es el fundamento de las religiones. Es un mandato incontestable en cuyo nombre se ejerce la autoridad. Las religiones prometen *salvación*, así que exigen obediencia y venden servicios que aseguran garantizarla. Las comunidades aceptan de buen grado este mandato, pues ¡qué puede ser más importante que la salvación!

El problema con la seguridad es el mismo problema ligado con la salvación: cada quien la define a su manera y construye sus estructuras de poder con base en esa definición. Los líderes de las primeras religiones decían “yo soy Dios” y luego “yo soy el representante de Dios”, como un intento por establecer un monopolio de la salvación. Cuando Luis XIV dijo “el estado soy yo”, hacía lo mismo. Lo que quería decir era “la seguridad soy yo”. La construcción del Estado se basa en el monopolio de la fuerza y, por lo tanto, de la seguridad. Los actuales representantes de los Estados prometen no solo garantizar la seguridad sino, en primer lugar, decidir qué es y establecer un monopolio sobre ella.

La “securitización” consiste en considerar que todos los aspectos de la sociedad deben ser tratados como potenciales amenazas a la seguridad. Este concepto, que se conoce como Seguridad Humana e intenta abarcar toda la diversidad del quehacer humano, es muy útil para que los políticos tomen decisiones sobre cualquier aspecto, al considerarlo un asunto de seguridad.

A primera vista, la Seguridad Humana parece tener sentido. ¿Qué puede ser más

importante que la seguridad? Cada gobierno la define a su conveniencia y para garantizarla crea su propio paradigma –y sus propias paradojas–. De la misma manera que se cometían pecados en nombre de la salvación, se cometen atrocidades en nombre de la seguridad. ¿Qué otra cosa, si no, son las guerras? Miles de humanos asesinan a otros miles en nombre de ella. Se trata de herramientas subjetivas o, si se prefiere, intersubjetivas; basta con convencer a un grupo de personas que esta cosa y no aquella es prioritaria para la seguridad y estarán dispuestas a sacrificar todo por conseguirla, incluso su propia seguridad y la de su comunidad.

Como la seguridad es sagrada, cuestionarla es cometer profanación. Todo cuestionamiento a la autoridad suele ser tratado como una amenaza a la seguridad. Cede-mos parte de nuestra libertad, de nuestra privacidad, de nuestra voluntad a la autoridad en nombre de la seguridad, porque todos estamos de acuerdo en su importancia. Conocemos los riesgos de esta entrega; hemos inventado mecanismos como la democracia para reducirlos. Sin embargo, el peligro del carácter intersubjetivo de la seguridad no está solo en su abuso como mecanismo de poder; también viene de que se ignoran las verdaderas amenazas que enfrentamos, si estas no son del interés de quien ejerce el poder. Yuval Noah Harari, en sus *21 lecciones para el siglo XXI* explica que:

Desde el 11 de septiembre de 2001, los terroristas han matado anualmente a unas 50 personas en la Unión Europea y a unas 10 en Estados Unidos, a unas 7 en China y a hasta 25.000 en todo el mundo (la mayoría en Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria). En compa-

ración, los accidentes de tráfico matan anualmente a unos 80.000 europeos, a 40.000 norteamericanos, a 270.000 chinos y a 1,25 millones de personas en todo el mundo. La diabetes y los niveles elevados de azúcar matan al año a hasta 3,5 millones de personas, mientras que la contaminación atmosférica, a alrededor de 7 millones. Así, ¿por qué tememos más al terrorismo que al azúcar, y por qué hay gobiernos que pierden elecciones debido a esporádicos ataques terroristas, pero no debido a la contaminación atmosférica crónica? (Harari 2018).

Esta información, de base científica, es concluyente y se encuentra al alcance de cualquier tomador de decisiones. ¿Por qué, entonces, los gobiernos típicamente destinan un presupuesto muchísimo más alto a la seguridad que a la salud? Hablan de protegernos de enemigos, externos o domésticos, reales o imaginarios, pero no enfrentan los verdaderos peligros. La política se ha convertido en el arte de inventarse enemigos. Un grafiti lo resumía magistralmente: nos regalan miedo para vendernos seguridad. Los tomadores de decisiones prefieren ignorar la información científica porque esta es mucho menos maleable que la construcción social de la seguridad. Esto les quita margen de maniobrabilidad para tomar decisiones basadas en su subjetividad. Enfrentar un problema que ha sido científicamente estudiado implica tomar decisiones basadas en evidencias, no en creencias.

Es natural que durante la mayor parte de la historia humana el criterio básico para la toma de decisiones haya sido apelar a un sistema de creencias. El mundo está lleno de incertidumbre y los humanos

construimos estos sistemas de creencias para manejar esta incertidumbre de alguna manera. El problema está en que estos sistemas de creencias usualmente no abordan la incertidumbre; intentan esquivarla. En lugar de tratar de asumir la realidad, buscan suplantarla. En el campo caótico de las relaciones internacionales esto se hace evidente en la famosa afirmación de Alexander Wendt (1992): “La anarquía es lo que los Estados hacen de ella”. La política, como toda construcción social, descansa en la subjetividad de sus actores: las creencias, los paradigmas, las interpretaciones, las ideas que pueden ser impuestas o rechazadas, dependiendo de la habilidad o de la fuerza de los interlocutores que se acostumbran al poder que emana de esta intersubjetividad.

Sin embargo, la realidad es implacable. No todo es una construcción social. En algún momento nos toca enfrentar esos riesgos que quisimos ignorar. El caso de la pandemia actual es paradigmático: la mayoría de los gobiernos habían prometido seguridad inventando enemigos a su medida y se encontraron con un enemigo real, uno que no puede ser convencido ni amedrentado, uno que no puede ser enfrentado con la política, no en el sentido tradicional. Muchos gobiernos se resistieron inicialmente a tomar medidas frente a la pandemia porque no quisieron entregar el control, no quisieron (ni quieren) renunciar al poder que ostentan en nombre de la seguridad. Los tomadores de decisiones optaron en su mayoría por emitir juicios y tomar decisiones basados en sus creencias (a cual más pintoresca). Sin embargo, no se puede refutar la ciencia con creencias. La ciencia es falible y perfectamente susceptible de ser refutada, pero para hacerlo se necesita más ciencia, no más opiniones.

Pero eligen no saber de ciencia y prefieren desconocerla, porque esto les permite seguir tomando decisiones subjetivas, les permite seguir equivocándose sin asumir las consecuencias de sus errores. Muchos tomadores de decisiones eligen rechazar la ciencia para conservar el monopolio de la seguridad. Otros, como veremos a continuación, ni siquiera lo eligen.

No todo es subjetivo

Un diplomático involucrado en las negociaciones de medicamentos biotecnológicos en el seno de la Organización Mundial de la Salud, persona competente y profesional, afirmó alguna vez que “creía en la homeopatía porque a una tía le había funcionado”. Esta afirmación contiene tres errores fundamentales que ejemplifican el problema que abordamos. Lo más terrible de la afirmación no es que se inclinara por la homeopatía, pues es perfectamente válida la curiosidad y el deseo por explorar tratamientos alternativos, si bien está ampliamente documentado que es una pseudociencia. Más grave es considerar que “a mí tía le funcionó” es un argumento válido para respaldar una afirmación de este tipo. Pretender fundamentar un argumento con base en una afirmación circunstancial, testimonial y subjetiva es un error lamentablemente frecuente. Sin embargo, lo verdaderamente preocupante se encuentra al principio de la afirmación: “Creo”, afirmaba esta persona, como si fuese viable creer en una terapia médica o en general en el conocimiento científico.

Uno no “cree” en la ciencia, uno la entiende o no la entiende. El concepto mismo de creer comporta un error fundamental: consideramos, equivocadamente, que tenemos la posibilidad de elegir lo que pen-

samos de la realidad y que la realidad se va a acomodar a nuestras creencias. Consideramos que todas las opciones son igualmente válidas, que las diferentes formas de conocimiento son equivalentes y que podemos elegir entre ellas la que más se acomode a nuestros valores o a nuestros deseos.

En un mundo que ha entronizado la ignorancia y el subjetivismo y que considera que todas las opiniones son válidas, es difícil entender el funcionamiento de la ciencia. La ciencia no es una creencia o una opinión y no puede ser ignorada como cualquier opinión que no nos gusta. No es así. No se puede decretar que desaparezca un virus, como no se puede decidir cuál es el centro del sistema solar mediante una bula papal. Lo que se puede hacer es adoptar las medidas que científicamente se han comprobado como efectivas para detener el virus.

¿Qué es la ciencia entonces? ¿Qué la hace diferente de los otros sistemas de conocimiento? La respuesta es compleja y excede los límites de este artículo. Sin embargo, cabe señalar que uno de los aspectos esenciales que diferencia el conocimiento científico es que se remite siempre a la evidencia empírica y le da prioridad sobre cualquier otro criterio. Mientras las religiones privilegian la fe y las ideologías privilegian la coherencia lógica, la ciencia sacrifica cualquiera de estos criterios frente a la evidencia. Esto es lo que permite que la ciencia haya avanzado mucho más y haya proporcionado resultados mucho más tangibles para el bienestar de la humanidad en el último par de siglos que en todos los milenios previos de religiones e ideologías.

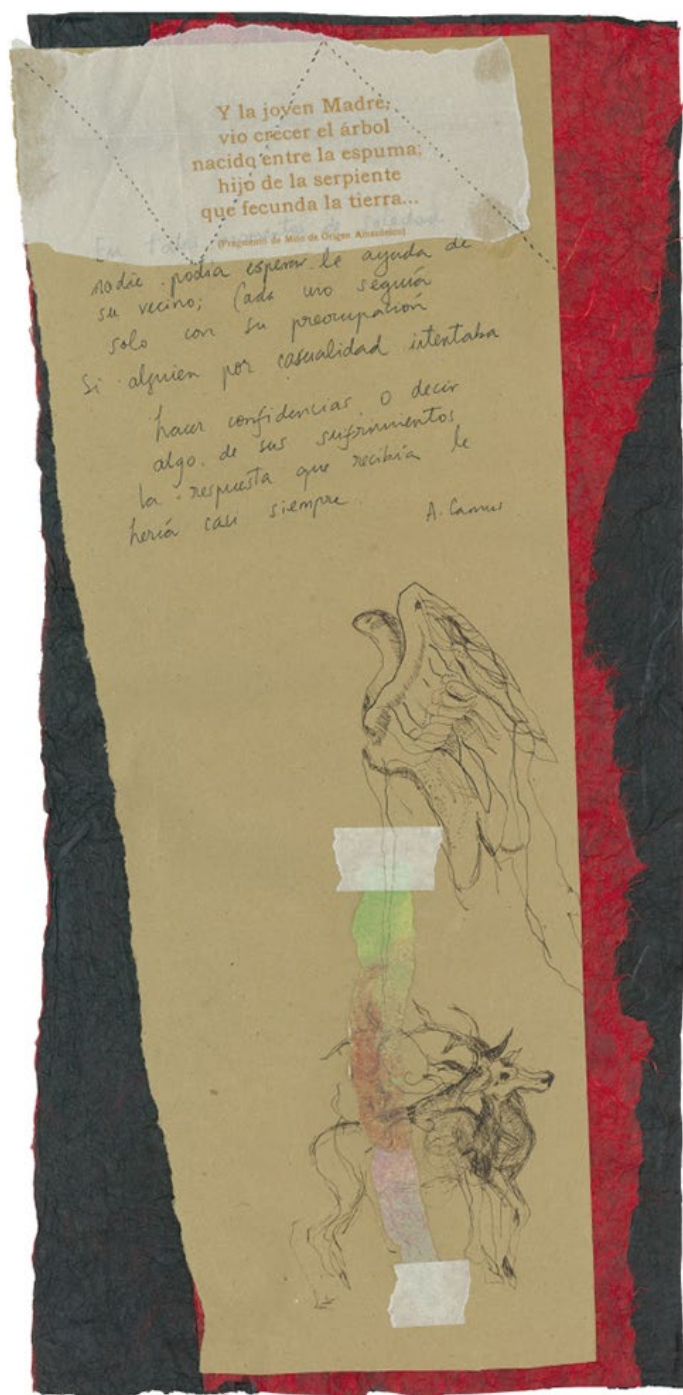
La ciencia no es un cuerpo de conocimientos, es una forma de pensar. Ciencia es considerar que la realidad es más importante que lo que imagino de ella, que es necesario poner a prueba las ideas frente a la realidad para validarlas. Lamentablemente, la ciencia no se enseña así. Ni siquiera en los altos niveles educativos. Cuando nos enseñan ciencia nos hacen memorizar las partes de la célula o la fórmula de la caída libre, de la misma forma en que nos hacen memorizar textos religiosos o canciones. Creemos considerando que todos estos conocimientos son equivalentes y que tenemos que creer en ellos. En la formación profesional, el asunto no solo no mejora, sino que se agrava. Se crea una dicotomía (falsa, a todas luces) entre la formación científica y la formación humanista. Miguel Barceló señala esta falsa dicotomía comentando el libro *Las dos culturas y la revolución científica*, escrito por C.P. Snow en 1959:

Snow ponía el dedo en la llaga de la estéril separación entre científicos y humanistas (como si las matemáticas o la biología, por poner sólo un par de ejemplos, fueran un descubrimiento no humano y realizado por las hormigas o los marcianos...). Snow constataba, además, la escasa interacción entre esos dos grupos de intelectuales. Los humanistas lo desconocen prácticamente todo de la ciencia, mientras que los científicos, decía Snow, ignoran a su vez las humanidades y, en particular, decía, la literatura. Sintetizando, existen científicos iletrados, mientras que los humanistas suelen considerarse cultos aún ignorando la ciencia, uno de los pilares centrales de la civilización contemporánea (Barceló 2003).

La mayor parte de los políticos, diplomáticos y, en general, tomadores de decisiones cuentan con una formación humanista –ajena a la ciencia en gran medida–, buena parte de cuyo conocimiento se sostiene en argumentos de autoridad. Por otro lado, los científicos (entendidos dentro de esta falsa dicotomía) se apartan de estos asuntos humanos y se dedican a la ciencia, como si esta no fuese un asunto eminentemente humano y no tuviese fuertes implicaciones en la política y la sociedad en general. Citando a Jacob Bronowski, “those who think that science is ethically neutral confuse the findings of science, which are, with the activity of science, which is not”².

Este terrible divorcio es notable en la diplomacia multilateral. De un lado, hay técnicos que no entienden y a los que no les interesan los aspectos diplomáticos y políticos de los temas que trabajaban; del otro lado, diplomáticos que desconocen los aspectos técnicos de los temas que negocian, y no están interesados en conocerlos. Esto genera tensiones que se traducen en un riesgo potencial para los intereses del país, al no contar con un equipo cohesionado.

¿Cómo superar esta situación? No es viable pretender que los diplomáticos aprendan sobre bioquímica, si van a participar en negociaciones sobre medicamentos, por ejemplo, o que los técnicos estudien derecho internacional, historia, diplomacia, ciencia política, economía y todos los aspectos “humanos” de sus temas para participar en discusiones internacionales. Por ello precisamente cada grupo se dedica a una ocupación específica. Lo que es necesario no es que cada uno haga el trabajo del otro, sino que cada uno entienda el trabajo



#ELMAMBODEVOZAVOZ | Luis Luna
Alas, 2020

del otro, se comunique con el otro, hable el mismo lenguaje del otro. El problema es complejo y multidimensional, pero en este artículo nos ocupamos específicamente de

la perspectiva diplomática, para lo cual es necesario entender, y tal vez redefinir, el concepto de *diplomacia científica*.

Diplomacia científica

El término diplomacia científica es, irónicamente, ambiguo e impreciso, y se emplea para referirse a diferentes asuntos, temas y mecanismos. Carolin Kaltofen y Michelle Acuto afirman que el término fue acuñado, es decir, empezó a ser empleado de manera formal, por Nina Fedoroff, consejera de Ciencia y Tecnología de la entonces Secretaria de Estado Condoleezza Rice (Kaltofen y Acuto 2018). Fedoroff la define como “the use of scientific collaborations among nations to address the common problems facing 21st century humanity and to build constructive international partnerships”. Sin embargo, la práctica de la diplomacia científica es de vieja data. La Royal Society reporta que cuenta con un secretario de relaciones exteriores para atender asuntos científicos a nivel internacional desde 1723, 60 años antes de que el Reino Unido nombrara un secretario de Estado que se ocupara de la política internacional.

Cuando se revisa la literatura al respecto, se encuentra que se entiende con demasiada frecuencia que diplomacia científica es solo otra variedad de la diplomacia, en el mismo sentido de diplomacia cultural o diplomacia deportiva. Es decir, lo científico es un apellido, un anexo, una adición a la práctica de la diplomacia. La misma Royal Society, en un artículo de alto impacto en el mundo académico y diplomático, titulado “Nuevas fronteras de la diplomacia científica: Navegando el cambiante balance de poder”, amplía y da forma a esta definición mediante una taxonomía de la

diplomacia científica en tres dimensiones principales:

- Ciencia en la diplomacia: ciencia que proporciona apoyo para la formulación de objetivos de política exterior.
- Diplomacia para la ciencia: diplomacia que facilita la cooperación científica internacional.
- Ciencia para la diplomacia: cooperación científica empleada como herramienta de *soft power* para mejorar las relaciones internacionales entre países (The Royal Society 2010).

Esta taxonomía proporciona un panorama más claro de lo que ha sido entendido como diplomacia científica y en ella se hace notorio que la ciencia siempre se considera un apoyo externo a la toma de decisiones. En el mejor de los casos, apoya, aconseja, facilita la toma de decisiones políticas.

Para enfrentar esta multiplicidad de usos del término diplomacia científica, Kaltofen y Acuto proponen la siguiente definición:

A set of relations between two or more actors that identify and/or are identified as representing distinct legitimate political entities; these relations are maintained through practices that are firmly scientific in purpose, process or objective (or all) while diplomatic in their quality and/or effects (unanticipated and unintended as well as intended); which can be either direct diplomatic relations or indirect by presentation of cross-border, international or global dimensions (Kaltofen y Acuto 2018).

Aunque esta es la definición más completa de lo que se ha entendido por diplomacia científica, más fértil es la definición implícita a lo largo del mismo artículo, como punto de contacto (frontera) entre el mundo científico y el mundo político. Sin embargo, el verdadero reto no está en establecer qué es o qué ha sido la diplomacia científica, sino qué debería ser. En este sentido, *la diplomacia científica debería ser el ejercicio de la diplomacia con base en criterios científicos*. Pasemos a aclarar esta afirmación.

La misma Royal Society establece entre las conclusiones de su famosa publicación que “la ciencia proporciona un entorno no ideológico para la participación y el libre intercambio de ideas entre personas, independientemente de su origen cultural, nacional o religioso” (2010). Cabe hacer énfasis en el carácter “no ideológico” de este entorno, es decir, ajeno a creencias e independiente de subjetividades o, al menos, realizado con ese propósito. Desde este punto de vista, la ciencia debería encontrarse en el núcleo de la política, de la toma de decisiones, de la diplomacia, no como algo externo y asistencial, sino como un elemento esencial, como un criterio fundamental en la formulación y ejecución de políticas.

Desde esta perspectiva, se hace más relevante la propuesta de Vaughan Turekian, también asesor de ciencia y tecnología del secretario de Estado de los Estados Unidos; Peter D. Gluckman, asesor científico jefe del primer ministro de Nueva Zelanda; Teruo Kishi, asesor de ciencia y tecnología del ministro de Relaciones Exteriores de Japón, y Robin W. Grimes, principal asesor científico del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Commonwealth

del Reino Unido, quienes en 2018 publicaron “Science diplomacy: A pragmatic perspective from the inside”, en donde proponen la siguiente taxonomía de la diplomacia científica desde su perspectiva pragmática:

- Acciones diseñadas para promover directamente las necesidades nacionales.
- Acciones diseñadas para abordar intereses transfronterizos.
- Acciones diseñadas principalmente para satisfacer necesidades y desafíos globales (Turekian et al. 2018).

Esta taxonomía pareciera ser idéntica a la de la diplomacia en general, pero este no es un defecto. De hecho, es su propósito. Efectivamente es idéntica: de eso se trata. La diplomacia científica debe ser el ejercicio de la diplomacia con mayúsculas, desde una perspectiva científica.

¿Qué significa, en la práctica, realizar diplomacia con un enfoque científico? Un ejemplo puede ser el empleo de la teoría de juegos para establecer estrategias óptimas en una negociación. Esta herramienta científica permite calcular las mejores alternativas en una situación conflictiva mediante mecanismos no subjetivos. Sin una herramienta de esta naturaleza, la formación de negociadores sería similar a los consejos de un libro que hablaba sobre la práctica de negocios internacionales (cuyo nombre misericordiosamente he olvidado) en el que se afirmaba que para negociar con latinoamericanos era necesario hablar sobre fútbol durante media hora antes de entrar en materia. Lo cual refleja, por supuesto, la subjetividad del autor de semejante indicación.

El empleo de la teoría de juegos en lugar de las percepciones subjetivas y prejuicios de un individuo para formular estrategias óptimas de negociación es un ejemplo de lo que debe ser la diplomacia científica: la diplomacia realizada con criterios científicos. No es factible eliminar por completo la subjetividad en la toma de decisiones, pero sí reducirla.

Existe un temor constante de que la ciencia deshumanice nuestras relaciones. Nada más alejado de la realidad. Es la ciencia la que nos ha permitido descubrir y comprender en profundidad estas relaciones. Al respecto, Fedoroff señala:

Necesitamos ver, experimentar e identificarnos con los pueblos y los problemas de otras naciones y reconocer la complejidad y las interconexiones entre los desafíos que enfrenta la humanidad del siglo XXI. Y quizás lo más importante de todo, necesitamos entender, a un nivel muy profundo, que todos nuestros destinos están verdaderamente entrelazados. Debemos actuar con rapidez para desarrollar la ciencia que nos permitirá modelar y comprender el complejo sistema que es nuestro planeta y su corteza de actividades humanas (Fedoroff 2009).

Esta ciencia ya existe, al menos una buena parte de ella. Herramientas como la teoría de la complejidad, la teoría del caos, las teorías de la información, la inteligencia artificial, etc., ya se están empleando para la toma de decisiones por fuera de los espacios académicos. En los ámbitos corporativos, por ejemplo, se están aprovechando estas herramientas científicas con resultados contundentes. Si no se emplean en la toma de decisiones políticas es por

las razones ya expuestas.

La misión que enfrenta la diplomacia científica no es únicamente asistencial ni se limita a servir de apoyo secundario, a convertirse en parte del *soft power* o a facilitar procesos académicos aislados. La misión primordial de la diplomacia científica es formar *diplomáticos científicos*, que entiendan la ciencia y sean capaces de usarla. No necesitamos diplomáticos que memoricen la tabla periódica o resuelvan ecuaciones diferenciales, necesitamos que aprendan a tomar decisiones basados en evidencia, a superar las limitaciones de sus creencias, a tener un criterio científico.

Es seguro que continuará el rechazo a la ciencia por parte de muchos tomadores de decisiones, diplomáticos incluidos. La ciencia sigue avanzando, aunque muchos tomadores de decisiones la rechacen. No es casualidad que este rechazo a la ciencia vaya de la mano del autoritarismo: es un intento de retomar el poder subjetivo perdido, de volver a monopolizar la seguridad. Pero el avance de la ciencia es imparable. Estas censuras no son más que el coletazo de una bestia herida, rezagos de un mundo antiguo en el que el criterio que imperaba era la fuerza y la autoridad, en el que se creía que la realidad se acomodaría a la subjetividad de quien ostentaba el poder.

El rechazo a la ciencia, deliberado o inconsciente, en los tomadores de decisiones es un peligro que puede conducirnos a la tragedia: lo estamos viendo. La pandemia tiene indudablemente implicaciones políticas, pero el virus no tiene una naturaleza política y no puede ser detenido con una demostración bélica, ni con marchas

o votaciones, de la misma manera que no tiene naturaleza religiosa y no puede ser contrarrestado con rezos. En estas condiciones, la ausencia de educación científica pasa de ser pintoresca a ser peligrosa.

Conclusiones

Existe un rechazo generalizado a la ciencia que es independiente de la formación académica o el acceso a información. Esto incluye a los tomadores de decisiones, entre los que se encuentran los diplomáticos, y se traduce en que una toma de decisiones basada en criterios subjetivos impuestos por la fuerza o la persuasión y no en criterios objetivos basados en evidencia. El rechazo a la ciencia por parte de los tomadores de decisiones tiene dos dimensiones principales:

- Rechazo deliberado, cuando la ciencia limita el poder de decisión arbitrario y subjetivo. Los tomadores de decisiones deciden rechazar la ciencia cuando esta pone en entredicho su monopolio del constructo de seguridad.
- Rechazo inconsciente, que se debe al desconocimiento de los mecanismos epistémicos de la ciencia. Los tomadores de decisiones consideran que la ciencia es un cuerpo de conocimientos optativos al nivel de sus creencias y, por lo tanto, desestiman la evidencia como criterio de decisión.

Una posible solución al problema generado por el rechazo a la ciencia en el campo político se encuentra en el ejercicio de una diplomacia científica, entendida como aquella realizada con criterios científicos y herramientas científicas. Construir una diplomacia científica requiere educar a

los diplomáticos en ciencia, asumida no como un cuerpo de conocimientos, sino como una forma de abordar la realidad y pensarla apelando no solo a creencias o a ideologías con coherencia lógica interna, sino especialmente a la evidencia empírica que pueda ser comprobada. 🌐

Notas

1. “We live in a society absolutely dependent on science and technology and yet have cleverly arranged things so that almost no one understands science and technology. That’s a clear prescription for disaster” (Sagan 1994, 99).
2. Bronowski, Jacob (1958) “Science and Human Values”. Moss, Stephen (Ed) (1997) “The accent of David Bronowski”, Webpage. URL: <https://www.drbronowski.com/humanv.htm>

Bibliografía

- Barceló, M. 2003. “Ciencia y ciencia ficción”. *Quark* 28–29.
- Fedoroff, N. 2009. “Science diplomacy in the 21st century”. *Cell* 136, núm. 1: 9–11.
- Harari, Y. N. 2018. *21 lecciones para el siglo XXI*. Madrid: Debate.
- Kaltofen, C. y M. Acuto. 2018. “Science diplomacy: Introduction to a boundary problem”. *Global Policy* 9, núm. 3: 8–14.
- Sagan, C. K. 1994. “Bringing science down to earth”. *Hemispheres*: 99.
- The Royal Society. 2010. *New frontiers in science diplomacy: Navigating the changing balance of power*. Londres: The Royal Society.
- Turekian, V., P. Gluckman, T. Kishi y R. Grimes. 2018. “Science diplomacy: A pragmatic perspective from the inside”. *Science and Diplomacy*, 16 de enero. <https://www.sciencediplomacy.org/article/2018/pragmatic-perspective>
- Wendt, A. 1992. “Anarchy is what states make of it: The social construction of power politics”. *International Organization* 46, núm. 2: 391–425.